

# LA EUCARISTIA Y LA EVANGELIZACION

DR. MANUEL GESTEIRA GARZA  
Universidad Pontificia de Comillas  
Madrid

## *Resumen*

La eucaristía "sacramento del evangelio": fuente a la vez que cumbre de la evangelización. Sólo una Iglesia evangelizada y hecha comunión por la eucaristía, puede ser evangelizadora y creadora de comunión en el mundo.

## *Summary*

The Eucharistic, "sacrament of the Gospel": source and, at the same time, summit of the evangelization. Only a Church evangelized which has been made communion by the Eucharist can be evangelizing and create communion in the world.

## I. INTRODUCCIÓN

Aunque es mucho lo que se ha publicado sobre la eucaristía, y bastante lo que se ha escrito sobre la evangelización, abundan menos los estudios que analizan la relación existente entre la evangelización y el misterio eucarístico.

Sin embargo, en un somero repaso a los documentos recientes del magisterio eclesial —incluido el Vaticano II—, no faltan referencias importantes al binomio "eucaristía" y "evangelización". Así, en el "Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros", el Vaticano II, al hablar de las funciones del sacerdote en la Iglesia, define con singular

acierto los principales parámetros que determinan la relación entre la eucaristía y la evangelización<sup>1</sup>. Así se destaca, en primera instancia, la realidad de "Cristo en persona", pascua y pan vivo y vivificador, principio y fuente (a la vez que centro) tanto de la eucaristía como de la evangelización: por lo que ambas coinciden en su *principio*, Cristo (que es a la vez su contenido). En segundo lugar, aparece subrayado el valor de la ofrenda de la propia existencia en aras de la evangelización: en una entrega sacrificial que, realizada en el mundo, debe incorporarse —a través de la eucaristía— a la entrega y el sacrificio de Cristo evangelizador, para proyectarse de nuevo hacia el hombre en una vida evangelizada y evangelizadora. De manera que la eucaristía y la evangelización coinciden también en los *medios* cara a su realización práctica: por la entrega generosa de sí misma, en la evangelización, la Iglesia participa del sacrificio de Cristo celebrado en la eucaristía. En tercer término, tanto la eucaristía como la evangelización se ordenan a la "inserción plena en el cuerpo de Cristo" (en el caso de los creyentes), o a la incorporación en la "comunidad" con Cristo como cabeza y por ello de los hombres entre sí (en el caso de los no creyentes que acceden a la fe en el evangelio). Por lo que la eucaristía y la evangelización coinciden además en su *meta última* o en su *objetivo final*: convertir o transformar a la humanidad en la "comunidad" del único cuerpo de Cristo. Así, desde esta triple perspectiva, cabe hablar de la eucaristía como la fuente de la evangelización —de la actuación evangelizadora de la Iglesia— cara al mundo; y viceversa: de la evangelización como tendente a la incorporación de la humanidad entera

---

<sup>1</sup> Dice, en efecto, el Concilio: "En la sagrada eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia (*totum bonum spirituale Ecclesiae continetur*: en expresión tomada de Tomás de Aquino, STh III, q. 65, a.3; q.79, a.1c), es decir: Cristo en persona, nuestra pascua y pan vivo que, por su carne vivificada y vivificadora (*vivificatam et vivificantem*) por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con él. Por lo cual la eucaristía aparece como fuente y culminación de toda evangelización (*Eucharistia ut fons et culmen totius evangelizationis apparet*), pues los catecúmenos se van incorporando poco a poco en la participación de la eucaristía; y los fieles que han recibido el sello del santo bautismo y la confirmación, se insertan plenamente en el cuerpo de Cristo por la eucaristía (*dum catechumeni ad participationem eucharistiae paulatim introducuntur, et fideles, iam sacro baptisate et confirmatione signati, plene per receptionem eucharistiae corpori Christi inseruntur*). Es pues la celebración eucarística (*eucharistica synaxis*) el centro de la congregación de los fieles" (PO 5bc).

a una "comunidad de los santos" que es la Iglesia, y que es también la eucaristía.

En su encíclica "Evangelii Nuntiandi", el papa Pablo VI se hizo eco de estas afirmaciones del concilio cuando, al reconocer la estrecha conexión existente entre la persona de Jesús evangelizador y la Iglesia evangelizadora, considera a la eucaristía como el nexo de unión que articula y enlaza la función evangelizadora de Cristo con la de la Iglesia. Una conjunción que constituye el hilo conductor que vertebra todo el primer capítulo de la encíclica<sup>2</sup>. Pues, según el papa, existe "un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización" (EN 16). Jesús es, no sólo evangelizador, sino sobre todo evangelio vivo del reino de Dios y de la salvación que en y a través de él acaecen (EN 6-9), tanto por medio de su sacrificio y su entrega como por su predicación y por sus signos (EN 10-12). Es de ahí de donde brota la comunidad evangelizada por Jesús y a la vez y por ello evangelizadora (EN 13-16), siendo la eucaristía la articulación entre Cristo "evangelio vivo" y la Iglesia, evangelizada y evangelizadora. Reaparecen aquí —de otra manera— los tres temas señalados ya por el concilio: la persona de Cristo; la generosa "entrega sacrificial" de Cristo y de la Iglesia, en la tarea evangelizadora (a través de la predicación y los signos operados); y la "transformación" realizada: el surgir de una comunidad nueva que brota de la evangelización, convirtiéndose ella misma en evangelizadora.

## II. JESÚS "EVANGELIO VIVO"

El Nuevo Testamento tiende a personalizar en Jesús tanto la realidad del evangelio como la del reino de Dios. Jesús es la personificación del "evangelio del reino"<sup>3</sup>. La diferencia entre la misión de Jesús y la fun-

---

<sup>2</sup> Que lleva por título precisamente "Del Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora" (n. 6-16). Cf. Pablo VI, *La Evangelización del mundo contemporáneo* (Madrid 1975) 11-18. (Citada: EN, según su título latino: "Evangelii Nuntiandi").

<sup>3</sup> "Con la venida de Jesús está viniendo, aunque de forma oculta, el reino de Dios. Orígenes resumió esto diciendo que Jesús es 'el reino de Dios en persona'" (cf. *In Mt 14,7*: PG 13,1198BC). Jesús, pues, "es la llegada del reino de Dios", afirma W. Kasper, *Jesús el Cristo* (Salamanca 1976) 123. O en la acertada formulación del Vaticano II: "Este reino brilla ya ante los hombres en la palabra, las obras y la presencia de Cristo... Pero sobre todo el reino se manifiesta en la persona misma de Cristo,

ción de los antiguos profetas radica en que, en éstos, el anuncio se distingue de la persona; mientras que, en Jesús, el mensaje del reino coincide plenamente con la persona del mensajero: el evangelizador es el evangelio mismo.

### 1. El "evangelio": del Antiguo al Nuevo Testamento

Aunque, en principio, no se pueda decir que el εὐαγγέλιον ("buena nueva" o buena noticia) sea un concepto específicamente cristiano, propio del Nuevo Testamento, sí adquiere en la persona y la obra de Jesús (y en la predicación de la primera comunidad) un nuevo y definitivo sentido.

El concepto de "evangelio" había sido utilizado ya en el Antiguo Testamento con el sentido de proclamar y anunciar una buena noticia: el triunfo bélico sobre los enemigos, proclamado por un heraldo. En este sentido, puramente profano, se utilizó inicialmente el verbo "evangelizar"<sup>4</sup>, así como el sustantivo plural "evangelios"<sup>5</sup>. Así se explica que ambos términos se encuentren principalmente en los libros de Samuel, Reyes y Crónicas, referidos a victorias de los reyes de Israel. Sólo más

Hijo de Dios e Hijo del hombre, que vino a servir y a dar su vida en redención por muchos" (LG 5a).

<sup>4</sup> El verbo εὐαγγελίζομαι ("evangelizar": en el texto griego de los LXX; *basar*, en hebreo) aparece un total de 19 veces en el Antiguo Testamento: con el significado profano de anunciar la victoria sobre los enemigos (1 Sam 31,9 y 1 Cron 10,9; Sal 68,2) o la muerte del adversario (2 Sam 1,20; 4,10. 18,19.20.27.31), o al rey de Israel (Salomón) victorioso (1 Re 1,42), como buena noticia proclamada por un heraldo. Más tarde adquiere un sentido religioso-cultural: Yahvé reina. Cf. G. Friedrich, "εὐαγγελίζομαι. εὐαγγέλιον", en: ThWNT 2,705s.; U. Becker, "Evangelio", en *Diccionario Teológico del NT* (DTNT) (Salamanca 1980) II,147-140.

<sup>5</sup> En el Antiguo Testamento "el sustantivo es mucho menos frecuente que el verbo". El singular εὐαγγέλιον no aparece nunca; mientras εὐαγγελία -en plural- se encuentra 6 veces, con el doble sentido: de buena nueva de una victoria (2 Sam 18,20.25. 27; 2 Re 7,9); o de salario por una buena noticia (2 Sam 4,10; 18,22). "Sólo con sentido profano. Un uso religioso del sustantivo εὐαγγελία, en el Antiguo Testamento falta por completo" (G. Friedrich, *a. c.*, ThWNT 2,718.719). En cambio, en el Nuevo Testamento no aparece nunca el plural εὐαγγελία ni el significado de "salario por una buena noticia"; mientras sí es utilizado el singular εὐαγγέλιον, que no se encuentra en el Antiguo. Los LXX no son, pues, la fuente del concepto neotestamentario de "evangelio" (G. Friedrich, *ibid.*, 718.722-23; U. Becker, art. "Evangelio", DTNT II,148). En el griego profano "es término técnico para referirse al anuncio de una victoria". Es más frecuente en el culto al emperador y su entronización como buena noticia para el mundo (G. Friedrich, *ibid.*, 719.721-22).

tarde, en los profetas, estos mismos términos adquirirán un sentido cultural, y luego religioso, pasando a significar la victoria definitiva de Yahvé, unida a la implantación de su reinado sobre todos los pueblos<sup>6</sup>. Esta última acepción — anuncio gozoso del reino de Dios, de su presencia salvadora — es la que encontrará acogida en el Nuevo Testamento<sup>7</sup>.

En el Nuevo Testamento los términos "evangelio" — "evangelizar" — adquieren un sentido y unas características propias<sup>8</sup>. Porque ahora Jesús no es sólo el mensajero que anuncia la buena noticia — el evangelio — (como era el caso de los antiguos profetas) sino que él mismo es el

<sup>6</sup> La transición del uso profano al religioso se muestra en 1 Sam 31,9 (proclamación cultural de la caída de Saúl), y en Sal 68,12 y 40,10 (anuncio de la victoria de Yahvé y sus proezas). En los libros proféticos, el Deuteroisafías alude a los que anuncian la paz y la salvación diciendo: tu Dios reina (cf. Joel 2,32; Is 40,9 y 52,7 = Nah 1,15); y a la unción del Espíritu para "evangelizar" a los pobres (Is 61,1): (G. Friedrich, *a. c.*: ThWNT 2,705).

<sup>7</sup> El precedente del Nuevo Testamento es el Deuteroisafías: mientras Sal 40,10 ó 68,12 anuncian acciones puntuales de Dios, "el Deuteroisafías espera la gran victoria de Yahvé, su entronización como rey y su reinado: la irrupción de un tiempo nuevo". Un heraldo viene de Babilonia a Sión, y anuncia la salvación: Yahvé es rey (Is 52,7 = Nah 2,1 sin la mención de Yahvé-rey. Cf. también Is 40,9; 41,27). Es la victoria de Dios sobre el mundo entero, desde Sión, que la proclamación hace ya realidad, aunque remitiendo a un acontecimiento escatológico universal (cf. Sal 96, 2: para todos los pueblos; Is 60,6: los pueblos vienen a Sión a aclamar a Yahvé). Así el participio sustantivado "m<sup>bsr</sup>" (mensajero), que en 2 Sam 4,10 y 18,26 tenía un sentido profano y en Sal 68,12 un sentido cáltico, en Is 52,7 y 61,1 adquiere un sentido religioso: es el mismo profeta, enviado de Dios (que prelude a Jesús). "La esperanza escatológica, la proclamación del reino de Dios, la incorporación de todos los pueblos a la historia de salvación, el rechazo de una piedad basada en el culto y la ley (Sal 40), y la referencia insistente a la 'justicia' (Sal 40,10), la 'salvación' y la 'paz' (Is 52,7; Sal 95,2) preludian ya el Nuevo Testamento" (G. Friedrich, *a. c.*: ThWNT 2,706-707).

<sup>8</sup> En el Nuevo Testamento: Mc utiliza 8 veces el sustantivo "evangelio" (siempre en boca de Jesús), frente a 4 veces Mt, y ninguna en Lc (2 veces en Hch). 60 veces aparece el término "evangelio" en Pablo; y 1, en 1 Pe y Ap (G. Friedrich, *a. c.*: ThWNT 2,724-25). El verbo "evangelizar" (εὐαγγελίζομαι), aparece 1 vez en Mt (11,5=Lc 7,22); 10 en Lc (y 15 en Hch); 21 en Pablo; 2 en Heb; 3 en 1 Pe y 2 en Ap. No se encuentra en Mc ni en Jn, Sant, 2 Pe y Jud (*ibid.* 714-15; U. Becker, *a. c.*: DTNT II,149ss). En el Nuevo Testamento, εὐαγγέλιον se refiere siempre a la palabra hablada, nunca escrita. Luego, en la Iglesia primera, "evangelio" equivale a todo el Nuevo Testamento frente al Antiguo (Ireneo); mientras el plural "evangelios" designará ya a estos escritos (G. Friedrich, *ibid.*, 733-34). Cf. más datos y ulterior bibliografía sobre este tema en: A. Rodríguez Carmona, "Evangelio según san Marcos", en: R. Aguirre / A. Rodríguez Carmona, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles* (Estella 1992) 129-135.

contenido del evangelio anunciado. El es la personificación del evangelio, convirtiéndose así de principio de la evangelización en el contenido mismo y el centro del mensaje, y por ello en el objetivo irrenunciable de toda evangelización cristiana.

## 2. *Jesús, personificación del "evangelio del reino de Dios"*

Así se refleja en los estratos más antiguos del Nuevo Testamento, donde el "anuncio" se identifica claramente con el "anunciador", el mensaje con el mensajero. Jesús, más que traer el evangelio, lo es él mismo. La buena noticia o buena nueva, que él aporta, coincide con su persona y su vida. Porque sus palabras brotan, en última instancia, de él mismo como Palabra del Padre, viva y vivificadora (cf. Jn 14,24). De ahí que el "evangelio de la salvación" anunciado por Pedro (en sus primeros discursos después de Pentecostés) concentre de manera ostensible en la persona de Jesús —en su vida, muerte y resurrección— todo el mensaje cristiano que el apóstol desea comunicar. Y de modo similar Pablo, al recordar a los corintios el "evangelio predicado", compendia así este evangelio: "Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras" (1 Cor 15,1-3). En la misma línea, Marcos no duda en iniciar así su relato de los hechos y dichos de Jesús: "principio del evangelio acerca de Jesucristo, Hijo de Dios" (Mc 1,1); fórmula utilizada también por Pablo cuando habla del "evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo" (Rom 1,1-3)<sup>9</sup>.

El cuarto evangelio (aún sin utilizar nunca los términos "evangelizar" o "evangelio") concuerda con las posturas anteriores cuando presenta a

---

<sup>9</sup> Pablo identifica, pues, el evangelio con la encarnación-vida-muerte-resurrección de Jesús (Rom 1,1.3-4); o con la muerte-resurrección (1 Cor 15.1ss; cf. Rom 2,16; 16,25; 1 Tim 1,11; 2 Tim 2,8) (G. Friedrich, *a. c.*: ThWNT 2,727). Si en Mc 1,14 Jesús es considerado como el heraldo del evangelio de Dios (pues el evangelio aparece también como el "evangelio de Dios" -Rom 1,1-, o "del reino de Dios" -Mt 4,23=Mc 1,14; Mt 24,14; Lc 8,1-; o "de la gracia de Dios" -Hch 20,24-), en el "logion" sobre el perder la vida "por causa de mi y del evangelio" (Mc 8,35; 10,29) se afirma también "una identificación del evangelio con Cristo -con su 'nombre' (cf. Mt 19, 29)-, y con el 'reino de Dios' (cf. Lc 18,29)" (G. Friedrich, *ibid.*, 726). Lucas (2,10) considera el nacimiento de Jesús como un "evangelio". Así como para Pablo la paz y la comunión, fruto de la vida y muerte de Cristo, coincide con su persona: "él es nuestra paz" (Ef 2,14.17).

Jesús como el "mártir" (testigo) de la luz, de la salvación, de la verdad o de la vida<sup>10</sup>. Pero no como un mero heraldo o portador que "trae" la luz, sino como aquél que "es" él mismo luz de las gentes<sup>11</sup>.

Esta perspectiva, que encontró eco en los documentos del Vaticano II, halló una especial acogida entre los obispos congregados en el 3º Sínodo de 1974 sobre la Evangelización. Tomando pie de ello, Pablo VI insiste expresamente en la idea de Jesús evangelio vivo (uniendo, además, estrechamente la "encarnación del evangelio" que en Jesús acaece, con el dinamismo de su oblación y su entrega sacrificial por el evangelio, al que personifica)<sup>12</sup>. Juan Pablo II recoge y desarrolla esta misma intuición; pero aporta un pequeño matiz: contempla a Jesús no sólo como la concreción del evangelio<sup>13</sup>, sino también del reino de Dios y la transformación que éste implica<sup>14</sup>.

<sup>10</sup> Los conceptos "evangelizar" o "evangelio" son sustituidos en Juan por "atestiguar" (μαρτυρέω) o dar "testimonio" (μαρτυρία). El verbo μαρτυρέω aparece en el evangelio 7 veces, en boca de Jesús: él da testimonio de Dios (Jn 3,11.32; 5,31-32); y sus obras (y la Escritura) dan testimonio de él (Jn 5,36.39; 10,25). Μαρτυρία aparece 9 veces referido al testimonio del propio Jesús, que coincide con el testimonio que da el Padre acerca de él, y que es "verdadero": cf. Jn 3,33; 5,31.36; 8,18. 4 veces en las cartas. (Cf. U. Becker, *a. c.*: DTNT II,149s).

<sup>11</sup> De ahí la fórmula "yo soy", tan frecuente en Juan: el es la luz, el pan de vida; el camino, la verdad y la vida; la fuente de agua viva; la puerta etc. (Jn 8,12; cf. 3,19; 6,51s; 9,5; 12,35.46).

<sup>12</sup> "Durante el Sínodo los Obispos han recordado con frecuencia esta verdad: Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Y lo fue hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena": Pablo VI, EN 7 (*o. c.*, 11-12).

<sup>13</sup> "Jesús de Nazaret lleva a cumplimiento el plan de Dios. Después de haber recibido el Espíritu Santo en el bautismo, manifiesta su vocación mesiánica: recorre Galilea proclamando 'la buena nueva de Dios: el tiempo se ha cumplido y el reino está cerca; convertíos y creed en la buena nueva' (Mc 1,14-15; cf. Mt 4,17; Lc 4,43)". "Pero hay más: Jesús en persona es la 'buena nueva', como él mismo afirma al comienzo de su misión en la sinagoga de Nazaret, aplicándose las palabras de Isaías relativas al Ungido, enviado por el Espíritu del Señor (cf. Lc 4,14-21). Al ser él la 'buena nueva', existe en Cristo plena identificación entre mensaje y mensajero, entre el decir, el actuar y el ser. Su fuerza, el secreto de la eficacia de su acción, consiste en la identificación total con el mensaje que anuncia; proclama la 'buena nueva' no sólo con lo que dice o hace sino también con lo que él es": Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* (Madrid 1991) n. 13, p. 24 (citada en adelante: RM).

<sup>14</sup> "Cristo no sólo ha anunciado el reino, sino que en él el reino mismo se ha hecho presente y ha llegado a su cumplimiento: 'Sobre todo el Reino se manifiesta en la persona misma de Cristo, hijo de Dios e Hijo del hombre, quien vino a servir y a

Por eso Jesús no sólo anuncia las promesas de Dios cara al futuro, sino su realización en el presente: lo que acaece ya por el misterio de la encarnación. Así, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la alianza, propuestas por Dios, son objeto de "la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su Misterio —la misma encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos— forman parte de su actividad evangelizadora"<sup>15</sup>.

De este modo la predicación de Jesús y la de la primera Iglesia se presentan enlazadas a través del concepto y la clave del reino. La comunidad primitiva será consciente de esa identidad, y no dudará en afirmarla: "Es en el anuncio de Jesucristo, con el que el reino se identifica, donde se centra la predicación de la Iglesia primitiva". Por eso, "al igual que entonces, hoy también es necesario vincular el anuncio del reino de Dios (el contenido del 'kerygma' de Jesús) y la proclamación del evento de Jesucristo (que es el 'kerygma' de los apóstoles). Los dos anuncios se complementan y se iluminan mutuamente"<sup>16</sup>.

---

no es un concepto, una doctrina o un programa sujeto a libre elaboración, sino que es ante todo una persona, que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible (cf. GS 22). Si se separa el reino de la persona de Jesús, no existe ya el reino de Dios revelado por él y se termina por distorsionar tanto el significado del reino —que corre el riesgo de transformarse en un objetivo puramente humano o ideológico— como la identidad de Cristo, que no aparece ya como el Señor". El reino no puede ser disociado de la Iglesia (aunque tampoco identificado del todo con ella): RM 18 (o. c., 29-30).

<sup>15</sup> Pablo VI, EN 6b (o. c., 11). Esa "continuidad de su presencia en medio de los suyos", posterior a la resurrección —de que habla el papa (y que parece remitir a Mt 28,20)— puede entenderse como una alusión a la eucaristía, que serviría de puente entre la misión evangelizadora de Jesús y la de la Iglesia.

<sup>16</sup> RM 16b (o. c., 27-28). Sobre Jesús como "sacramento de la evangelización", cf. A. González Dorado, *Los Sacramentos del Evangelio* (Bogotá 1988) 194-96.



### III. DEL EVANGELIO A LA EUCARISTÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

#### 1. *La Última Cena de Jesús: compendio de todo el evangelio*

La estrecha relación que media entre el evangelio y la eucaristía, aunque no ocupe un primer plano, aparece con suficiente claridad en la tradición de la Iglesia, reflejándose también en el magisterio eclesial actual. Esta tradición explicita un sentimiento de la Iglesia en sus inicios, y que derivaba sin duda de la actuación del Jesús histórico.

##### a) El convite del reino en los evangelios.

Si el evangelio del reino coincide con la persona y la vida de Jesús así como con sus signos (como afirma LG 5), resalta sobre todo, en la actuación de Jesús, el elocuente signo del convite como anticipación del banquete mesiánico del reino de Dios: un convite último, escatológico, al que (según Is 25,6-8) serán invitados todos los pueblos de la tierra. Este convite abierto a todo hombre, se refleja en las parábolas de Jesús (cf. Lc 13,29; 14,15-24), en el gesto de acoger a los pecadores y comer con ellos (cf. Mc 2,15-17; Mt 9,10-13; 11,19; Lc 5,29-32; 15,1ss; 19,1-10), y en el milagro de la multiplicación de los panes (Mc 6,30-44; 8,1-8). Ahí el convite aparece como un símbolo importante de la presencia salvadora de Dios Padre que desea implantar su reino invitando y congregando en torno a su mesa a todas las gentes, para constituir así una comunión universal: una única familia de hijos suyos. El reinado de Dios, bajo el símbolo del banquete, recobra así con Jesús un nuevo sentido: el de una "comensalidad" fraterna y universal, en una comunión y una comunidad renovadas. Pues bien, según el Nuevo Testamento, es en esa comunión donde radica precisamente la salvación.

##### b) La última cena de Jesús: anticipación del banquete del reino, y memoria y síntesis del evangelio.

Según el relato de los Sinópticos, Jesús mismo interpretó la última cena con sus discípulos como celebración anticipada del banquete del futuro reino de Dios: "Yo os digo que no volveré a probar del fruto de la vid hasta que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre" (Mt 26,29). Pero a la vez la cena puede ser considerada también como memo-

ria y celebración, al final de su vida, de todo un camino de entrega, de servicio y de autodonación gratuita de Jesús "por todos".

Por eso cabe hablar de la última cena como el mejor resumen o la síntesis que el propio Jesús hace de su itinerario anterior —que no es otro que el del evangelio—. Llegado al final de su recorrido, y queriendo hacer balance definitivo del conjunto de su vida y su actuación anterior, no encontró mejor forma de hacerlo que a través de una celebración "memorial", último gesto significativo en el que recuerda a sus discípulos que él ha estado en medio de ellos como "diácono", servidor, mientras ellos han permanecido a su lado en sus pruebas (Lc 22,27-28). Y expresa gráficamente todo ese camino de entrega de sí mismo por todos que es el evangelio, en el gesto de partir y dar el pan (que es su cuerpo, su persona) y de repartir su propia copa (que es su sangre-vida) para los suyos, con unas palabras que remiten explícitamente a la entrega plena y radical de sí mismo (de su cuerpo y sangre) hasta la muerte. ¿Pero no es acaso esta entrega (y derramamiento) de sí mismo, explicitado y formulado en la cena, la mejor expresión de lo que fue todo el camino —el evangelio— de Jesús? Y por eso ¿no cabe pensar en cada página del evangelio como un fragmento de aquella entrega y donación sacrificial que, formulada y condensada en la cena, llegará hasta el extremo de la autodonación en la cruz?

c) La última cena como comunión e incorporación de los discípulos al camino y al evangelio de Jesús.

Una donación y una entrega —vivienda primero en su decurso histórico y celebrada al final— a la que Jesús quiere incorporar también a sus discípulos con un gesto muy significativo: invita a sus discípulos a la cena (anticipación del convite del reino) para partir y repartir entre ellos el pan de vida y para darles parte en su propio cáliz. Una donación que implica no sólo la participación en su "carne y sangre", sino sobre todo en el dinamismo vital de su persona y de su obra; y por ello en el itinerario evangélico de Jesús y en su camino de entrega al servicio del reinado de Dios,

Esta dimensión de participación de los discípulos en la vida y el camino de Jesús, en su "evangelio", es resaltada de forma especial por la participación de todos en el único cáliz de Jesús. En la mentalidad judía, el cáliz significaba el destino de una persona; por lo que "beber del cáliz" equivalía a participar en la suerte o el destino de alguien: en este caso de

Jesús: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" había dicho él a sus discípulos. Estos respondieron: "podemos". "El cáliz que yo he de beber lo beberéis", añade Jesús (Mc 10,35ss). Y en efecto, "bebieron todos de él" (del cáliz del Señor) en la última cena (Mc 14,23). Así la participación en el cáliz de Jesús (y también en el pan) implica la comunión con su persona, con el dinamismo global de su vida, de su Palabra y de su Espíritu<sup>17</sup>.

Diversas líneas de la tradición cristiana se hacen eco de la íntima relación existente entre la eucaristía y el evangelio. Este presta un dinamismo especial a la persona de Cristo en la eucaristía que, sin él carecería –por así decir– de palabra viva y de presencia activa (reducida ésta a la mera presencia estática de un cuerpo-sangre inertes). Por eso no le falta razón a Orígenes, cuando afirma: "Este pan que el Dios Verbo confiesa ser su cuerpo, es la palabra que alimenta las almas, palabra procedente del Dios Verbo y pan del Pan celestial que ha sido puesto sobre la mesa". "Y esta bebida que el Dios Verbo confiesa ser su sangre, es la palabra que apaga la sed y embriaga prodigiosamente los corazones de los que beben: bebida que está en el cáliz" y que es fruto de la "vid verdadera": Cristo (cf. Jn 15,1)<sup>18</sup>. De modo parecido se expresa san Jerónimo: "Creo que el verdadero evangelio es el cuerpo de Jesús...; el verdadero cuerpo de Cristo y su sangre es la palabra de la Escritura"<sup>19</sup>. También Agustín interpreta el "pan nuestro de cada día" –en el padrenuestro– desde la doble vertiente: del pan del evangelio y el pan de la eucaristía<sup>20</sup>. "Lo primordial del evangelio es el sacramento de su cuerpo y de su sangre",

---

<sup>17</sup> Orígenes -relacionando el "cáliz" con el "evangelio"- afirma: "Se dice que bebemos la sangre de Cristo no sólo con el rito de los sacramentos (en la eucaristía), sino también cuando recibimos sus palabras en las que radica la vida, como él mismo dice: 'las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida' (Jn 6,63)": *Hom. Num.* 16,9 (PG 12,701B).

<sup>18</sup> *Coment. Mt.* 26,26 (PG 13,1734; cf. J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos* [Madrid 1979] I,192. Citado en adelante: Sol). Cf. L. Lies, *Wort und Eucharistie bei Origenes* (Innsbruck 1982) 218-40. Véase también para toda esta temática: M. Gesteira, *La Eucaristía, misterio de comunión* (Salamanca <sup>2</sup>1992) 51-63.281s.

<sup>19</sup> "Ego corpus Iesu evangelium puto... Et quando dicit: 'Qui non comederit carnem meam et biberit sanguinem meum'... tamen vere corpus Christi et sanguis eius sermo Scripturarum est": *Tract. in Ps* 147,14 (CChr [SL] 78,337s. Sol II,92)

<sup>20</sup> Cf. *Serm.* 56,6.10 (PL 38,381C; Sol II,287-91).

dice Ruperto de Deutz<sup>21</sup>. Por eso "la misa es suma y compendio de todo el evangelio"<sup>22</sup>.

En esta misma línea, el Vaticano II no duda en afirmar: "La Iglesia ha venerado siempre las sagradas Escrituras al igual que el mismo cuerpo del Señor, tomando sin cesar de la mesa, tanto de la palabra de Dios como del cuerpo de Cristo, el Pan de vida, y distribuyéndolo a los fieles (sobre todo en la sagrada liturgia)"<sup>23</sup>. Así la Iglesia se nutre de ambos: de la palabra de Dios y del pan eucarístico<sup>24</sup>, y no de uno sólo de estos elementos.

## 2. La Eucaristía: crisol inicial del evangelio en la primera Iglesia

a) La comunidad primera, evangelio ella misma, anterior a los evangelios escritos.

Si cabe hablar de la última cena de Jesús como compendio de todo el evangelio, algo similar cabría decir de la eucaristía de la comunidad más antigua. En un momento en el que aún no existían los evangelios escritos, la celebración de la eucaristía fue uno de los ámbitos importantes en los que se irá gestando la "memoria evangélica" de Jesús. En realidad ¿que otra cosa será el evangelio escrito más que el fruto de la memoria que los discípulos primeros conservaban de la vida y las palabras de Jesús y que, siguiendo su precepto —"cuando hagáis ésto acordaos de mi" (Lc 22,19; 1 Cor 11,24-25)—, recordaban y revivían sobre todo en la celebración de

---

<sup>21</sup> "Evangelii primordia, corporis et sanguinis sui sacramenta", dice Ruperto de Deutz, *In Eccles.* 2,8 (PL 168,1214A).

<sup>22</sup> Así lo afirma M. Lutero: "Missa est pars evangelii, immo summa et compendium evangelii": *De Capt. Babyl. Eccl.* (WA 6,525).

<sup>23</sup> Cf. DV 21. El concilio habla de una "doble mesa": la "mesa de la palabra de Dios", donde se comunican los tesoros de la Biblia (SC 51), y la mesa eucarística. Así los fieles "se nutren de la palabra de Dios en la doble mesa (*ex duplici mensa*), de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía" (PO 18a; cf. AG 6c). Pero recalca su estricta unidad: "la liturgia de la palabra y la eucaristía están tan íntimamente unidas, que constituyen un solo acto de culto" (SC 56). Pues tanto el evangelio escuchado como la eucaristía participada avivan la memoria (son "memorial") del misterio pascual —muerte y resurrección— de Cristo (SC 6.106).

<sup>24</sup> Así lo afirma el concilio: la Iglesia "como cuerpo de la Palabra hecha carne (*Verbi incarnati corpus*), se nutre y vive de la palabra de Dios (*ex Verbo Dei*) y del pan eucarístico" (AG 6c).

la eucaristía? Pues aquella comunidad era, toda ella, memoria viviente del Jesús histórico y, como tal, verdadera prolongación del evangelio de Jesús, anterior al libro. Ella era —en cierto modo y a semejanza de Jesús (aún a pesar de sus deficiencias)— un evangelio vivo, puesto que aquellos discípulos llevaban aún impresa en sus pupilas la figura de Jesús, mientras resonaban todavía en sus oídos y en su mente la palabra y los gestos del Maestro, al que ellos habían seguido tan de cerca (cf. 1 Jn 1,1). Así se irá haciendo carne en la Escritura la memoria viva de Jesús que la comunidad vivía en su praxis cotidiana y celebraba en la "sinaxis", en la congregación y la asamblea eucarística<sup>25</sup>. La eucaristía venía a ser así como la "encarnación del evangelio" (o de la "memoria evangélica") en la comunidad eclesial. Y como tal fuente de la praxis y el anuncio de una comunidad que, por esta vía, era "evangelizada" —hecha evangelio vivo ella misma—, pasando así a ser "evangelizadora".

b) La celebración eucarística, memorial de Jesús y fuente de la evangelización y el testimonio de la Iglesia.

Sin embargo el memorial eucarístico de la vida, muerte y resurrección de Jesús, celebrado en torno a la mesa no era una mera rememoración del pasado sino un revivir el evangelio salvador de Jesús bajo la presidencia y la presencia del mismo Señor resucitado que seguiría en medio de su comunidad —según su promesa— hasta el fin de los siglos (cf. Mt 28,20).

Pues bien, la celebración "memorial" de la vida, la palabra y la obra de Jesús, concretada en el evangelio y en el pan eucarístico, tiene que ir perpetuando la Iglesia a lo largo de todos los siglos: haciendo salir a luz la vivencia y la experiencia de la presencia del Señor que ella misma —a partir de la eucaristía— lleva en su seno.

#### IV. LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CUMBRE DE LA EVANGELIZACIÓN

El Vaticano II prestó una notable atención al tema de la evangelización<sup>26</sup>. Y distinguió con claridad entre una evangelización dirigida a los

<sup>25</sup> De hecho la memoria reflejada en los evangelios, no proviene sólo de los apóstoles. Pues los evangelios escritos no tienen todos a un apóstol como autor, sino que brotan también del seno de la comunidad cristiana, a través de alguno de sus miembros (tal es el caso de Marcos y Lucas, por ejemplo).

<sup>26</sup> La palabra "Evangelio" aparece en los documentos del Vaticano II, 157 veces:

no creyentes y otra orientada a una mayor profundización en la fe<sup>27</sup>. No utilizó el concilio el término "nueva evangelización", porque no conoció el fenómeno más reciente del secularismo y sobre todo el indiferentismo generalizado; pero sí cabe decir que sentó las bases y fijó los precedentes de lo que hoy se denomina con este término.

Al intentar una presentación —muy parcial, y no exhaustiva— de algunas claves de una "evangelización renovada" desde la eucaristía, dos son los caminos posibles que se abren ante nosotros. Uno es el propuesto por algunos autores actuales<sup>28</sup>, que hablan de una triple dimensión de la evangelización: a) una evangelización *para* la eucaristía (Iglesia-comunión) que conduce hacia ésta a través de la catequesis; b) una evangelización *en ó dentro* de la eucaristía: a través de la llamada y la invitación a la conversión y a la fe; así como a la participación en el sacramento como entrega y servicio, ofrenda o sacrificio (conducente a la comunión: si bien este aspecto es menos destacado); c) una evangelización *después* de la

---

de ellas 41 en AG (el 25%); 29 en GS; 20 en LG; 14, en PO; 12 en DV; 10, UR. En número menor en otros documentos. "Evangelización" aparece 31 veces: de ellas, 21 en AG (65%); 4 en AA; 3 en PO; 1 en LG, GS y CD. "Evangelizar", 18 veces: 5 en AG (35%) y LG; 3 en AA; 2 en PO; y 1 en SC, CD y GS. Cf. Ph. Delhaye / M. Gueret / P. Tombeau, *Concilium Vaticanum II. Concordance. Index* (Louvain 1974) 239-241.839. Así pues, en resumen: se aprecia una especial atención al tema de la evangelización en el "Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia" (AG), así como en el de "el apostolado de los laicos" (AA) y en el de "la vida y el ministerio de los presbíteros" (PO).

<sup>27</sup> Cf. sobre todo AG 6 al 9. PO ve un signo de la tensión entre el primer anuncio del evangelio, que conduce a los hombres a la fe, y el posterior paso a los sacramentos, en la transición desde la "liturgia de la palabra" —en la eucaristía—, donde la predicación y "el anuncio de la muerte y resurrección del Señor" junto con la respuesta creyente del pueblo, "se unen inseparablemente con la oblación misma con la que Cristo confirmó en su sangre la nueva alianza: oblación en la que comulgan los fieles tanto por su fe y devoción como por la percepción del sacramento" (PO 4b).

<sup>28</sup> Véase, a este respecto, sobre todo: D. Borobio, *Eucaristía y nueva Evangelización* (Bilbao 1992) 16.19-21. Y, siguiendo a éste, el libro programático del Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla: *Christus, Lumen Gentium. Eucaristía y Evangelización* (Madrid 1992) 22-24. Cf. también la reflexión, sobre la acción evangelizadora de la comunidad, de L. Maldonado, *La comunidad cristiana* (Madrid 1992) 111-140. Aunque algo anteriores, cf. J. Martín Velasco, *Increencia y evangelización* (Santander 1988); A. González Dorado, *Los Sacramentos del Evangelio* (Bogotá 1988); y A. Espoñera Cerdán, "La Evangelización, misión esencial de la Iglesia", en: Varios, *Temas conciliares: 25 años después* (Valencia 1990) 213-248.

eucaristía: como prolongación de ésta en la vida; y como compromiso tendente a la misión y el testimonio ante el mundo.

Aquí seguiremos un esquema bipolar, más en consonancia con el título de este trabajo: la eucaristía como presupuesto y fuente de la evangelización y como culminación de la misma. Empezaremos, pues, tomando la eucaristía no como meta, sino como punto de partida y presupuesto de la evangelización.

### 1. *La Eucaristía fuente de la evangelización*

a) Una Iglesia evangelizada, y así más evangélica, desde la eucaristía.

La Iglesia es constituida por la eucaristía en cuerpo y sacramento de Cristo evangelizador. Al hablar de Cristo, centro de la evangelización, el Vaticano II resalta la presencia viva del Señor resucitado actuante en medio de su comunidad: presencia que tiene su epicentro en la eucaristía, como memorial que nos recuerda sin cesar que la persona de Jesús, presente y actuante en su Iglesia, es (por encima de toda otra instancia humana) no sólo el centro, sino también la fuente y el principio de toda la actividad evangelizadora de la Iglesia<sup>29</sup>. Al Señor resucitado le compete la primacía de la acción evangelizadora, que él realiza por la fuerza de su Espíritu y la mediación de su cuerpo eclesial. La evangelización, pues, encuentra en Cristo (desde la eucaristía) su origen y su fuente, así como su fuerza impulsora y su centro o su contenido<sup>30</sup>.

b) Una Iglesia evangelizada, no sólo desde la palabra, sino desde la vida del Jesús del evangelio.

aa) La evangelización como comunicación de una experiencia

Si la evangelización tiene su centro en la persona de Jesús, el anuncio del evangelio no puede reducirse a la mera comunicación de una doctrina o un conjunto de verdades, sino de una persona, con sus gestos y palabras originales, con sus actitudes, capaces de generar hoy aquellas reacciones

---

<sup>29</sup> Valga como resumen este texto conciliar: "Por la palabra de la predicación y por la celebración de los sacramentos, cuyo centro y cumbre (*centrum et culmen*) es la eucaristía, se hace presente a Cristo autor de la salvación" (AG 9).

<sup>30</sup> Sobre la función de los sacramentos cara a una Iglesia "evangelizada y evangelizadora", cf. A. González Dorado, *o. c.*, 210-406 (entre otros pasajes).

que provocó en su tiempo: admiración, ruptura, perdón, interrogantes profundos<sup>31</sup>. Porque Jesús es la revelación de Dios; y lo es no tanto como ejemplo moral, sino como manifestación personal de un Dios que, en y por Jesús, "reina": actúa y salva. Por eso la evangelización no puede reducirse a dar respuestas hechas, sino que deberá también plantear interrogantes nuevos y preguntas inquietantes al hombre actual, que le sirvan de revulsivo y que le den que pensar. Sin olvidar que Jesús fue un "escándalo" con su vida y la novedad de sus gestos para el mundo de su tiempo (cf. Mc 6,2-3; 14,27; Mt 11,6).

bb) Sentido de la "gratuidad" de la "buena nueva".

Es preciso además recuperar la honda convicción — que a veces nos falta — de un evangelio que es "buena nueva": noticia no sólo buena, sino además nueva; y que hay que comunicar como algo importante para la humanidad de hoy. Porque, después de dos mil años de cristianismo, a veces da la impresión de que el evangelio se nos ha vuelto tan viejo, tan decrepito, que parece como si nada nuevo tuviese que decir al mundo actual. Pues bien, es fundamental superar el "envejecimiento" del evangelio, anunciándolo como un mensaje "bueno y nuevo" para el hombre. A esta recuperación de la perenne novedad del evangelio debería cooperar con fuerza la reflexión teológica: es su tarea.

Sin duda uno de los aspectos más hondos — y más perennes — del evangelio es la "gratuidad" de la salvación: la gracia otorgada. Una clave a la que es un tanto ajeno el mundo moderno. Por eso la "nueva evangelización" debería comenzar destacando el gesto, no de exigencia, sino de pura gratuidad que va implicado en la aproximación de Dios al hombre, tal como acaece en Cristo: un Jesús que no vino a condenar sin más, sino a salvar: que "ha venido a buscar, no a los justos sino a los pecadores"; y a curar, no a los sanos, sino a los enfermos (cf. Mc 12,17; Lc 4,18; 5,31-32; 15). Un amor gratuito a los hombres (en especial a los más desvalidos) que, en Jesús, es un reflejo claro del amor gratuito de Dios (cf. AG 12a). Pues bien, una Iglesia que quiera ser evangelizadora deberá empezar recordando ella misma el gesto del buen pastor o del padre del hijo pródigo, anunciado y realizado por Jesús, dejándose antes "evangelizar"

---

<sup>31</sup> Según el Vaticano II, la evangelización no debe consistir en "una mera exposición de dogmas y preceptos", sino en la comunicación de la experiencia cristiana, de una vida y una praxis (cf. AG 14), transmitidas como por ósmosis.



ella por esos gestos y tratando de encarnar ese "evangelio", para poder luego reflejarlo. Por eso, ante los hombres, debería prevalecer el rostro maternal de una Iglesia que no sólo está dispuesta a condenar y anatematizar, sino también a perdonar y a salvar, repitiendo hoy el mismo gesto compasivo de aquel "buen samaritano" que fue el propio Jesús<sup>32</sup>. El anuncio del perdón y la gracia —a todos los niveles—, y no sólo del pecado del hombre, es algo fundamental en el proceso de una evangelización renovada.

cc) Aproximación al mundo: en un actitud de acogida, de sincera valoración, de discernimiento

Se requiere, de entrada, una actitud de apertura y un gesto inicial de acogida y de escucha. El gesto del buen samaritano que la Iglesia debería asumir, la obliga a adoptar una actitud de apertura al mundo, y no a volverle las espaldas cerrándose ella misma en una especie como de "ghetto". Es necesario asumir la realidad de la historia humana que, en su dinamismo de avance y de progreso, es algo querido por Dios (cf. Gn 1,28-31). Por eso sería deseable un cierto grado de optimismo (junto al necesario realismo) al enfrentarnos al mundo actual, superando —por una parte— ciertos excesivos temores o recelos que a veces nos embargan. Por lo que se requiere al menos una cierta apertura a la cultura actual, con sus logros en el campo de la libertad y la personalización, aceptando desde ahí la crítica serena y razonada que nos venga del mundo. Reconociendo lo que de positivo puedan tener los avances científicos y tecnológicos, y tratando de estar a la altura de los nuevos retos de la sociedad. Por último es también necesario ir superando esas peligrosas añoranzas de un pasado irreversible, tendentes a recuperar un poder, una influencia política o un "status" social que —en la antigua situación de "cristiandad"— la Iglesia poseyó (en algunas de sus instancias) (cf. AG 12c).

En segundo lugar es precisa una valoración seria de esa situación a la que la Iglesia se halla confrontada. La Iglesia deberá, como Jesús, conocer

---

<sup>32</sup> Cuando Jesús se acerca a un pecador, da la impresión de que lo contempla más desde lo que éste puede "llegar a ser" que desde lo que es de hecho: más desde el futuro que desde el presente. Por eso otorga el perdón, añadiendo: "en adelante, no peques más". Este "en adelante" equivale a dar futuro al hombre, abriéndole un camino (hacia el infinito: "sed perfectos como el Padre": Mt 5,48) y dándole alas, desde la confianza. Jesús actúa como "médico" que cura y salva.

a los hombres y escucharlos (AG 11b). Una escucha que implica estar alerta para descubrir las "semillas del Verbo" diseminadas —ya desde la creación— en el corazón y la historia de la humanidad<sup>33</sup>: tanto en lo que respecta al diálogo del Cristianismo con las religiones no cristianas, como al diálogo con nuestra cultura actual, tratando de discernir y alentar lo que en ella pueda haber de cristianismo latente, de signos o semillas del reino de Dios, reconociendo aquellos valores —las aspiraciones de unidad, de solidaridad, de paz y de justicia— que no son ajenos a las claves fundamentales del reino de Dios. De manera que lo bueno que hay sembrado en el corazón de los hombres y en las culturas, sea salvado, elevado y completado para gloria de Dios<sup>34</sup>.

En tercer lugar es necesaria una actitud de discernimiento. Junto al gesto de aproximación al mundo, se requiere además una actitud de sereno y razonado discernimiento, que ayude a distinguir lo verdadero de lo falso, lo recto de lo espúreo. Evitando al máximo, en lo posible, toda actitud de condenación tajante; pues estas medidas, por si solas, no solucionan los problemas sino que los desplazan a otro momento posterior (baste recordar la condenación del modernismo, a principios de siglo, que, lejos de solucionarlo, desplazó la problemática planteada a 50 años después). Una herida sólo se cura sanándola, no enconándola. Por eso es preciso favorecer toda postura dialogante, tratando de buscar serenamente la luz, razonando nuestra postura sin cerrarse por principio a otras formas de pensar o a otros razonamientos.

Consecuencia de lo anterior deberá ser también el no rehuir la colaboración de los cristianos con otros ámbitos en pro de la mejora de la humanidad y la solidaridad humana: bien con otros organismos o instituciones, a nivel nacional o internacional (GS 44); bien con otras Iglesias cristianas, o con otras instancias intraeclesiales (cf. AG 12b; 15d).

---

<sup>33</sup> El Vaticano II invita a abrirse a los "signos de los tiempos" (GS 4), y "auscultar, discernir e interpretar" la voz de nuestra época (GS 44b; PO 9b), tratando de descubrir las "semillas del Verbo" (GS 54a; AG 11) latentes en el mundo, y sobre todo en otras religiones, con las que hay que entablar un diálogo sincero, ya que en ellas acaece una "preparación evangélica" (AG 3; cf. RM 29). "Es preciso descubrir las semillas del Verbo que (en las tradiciones culturales y religiosas) están latentes" (AG 11). A ellas no es ajeno el Espíritu (AG 15). En ello insisten Pablo VI y Juan Pablo II (cf. RM 28-30).

<sup>34</sup> Cf. AG 9; y Juan Pablo II, RM 20 (*o. c.*, 31-32).

c) Una Iglesia juzgada y salvada por la palabra de Dios.

También la Iglesia está necesitada de conversión. Y sólo podrá evangelizar si antes se ha convertido al evangelio, haciéndose ella misma evangelio vivo. Una conversión que implica, por una parte, el reconocimiento sincero de las propias faltas e imperfecciones. Desde la conciencia de que nadie se ve libre del pecado, porque "todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios" (Rom 3,23). Y, precisamente por ello, porque nadie puede liberarse del pecado por sus propias fuerzas, es por lo que todos —sin excepción— tenemos necesidad de Cristo como "liberador, salvador y vivificador"<sup>35</sup>. Una Iglesia que, consciente de su propia imperfección (santa, a la vez que pecadora) no puede desentenderse de los pecadores, antes bien "cargando con el pecado del mundo" debe vivir en trance de conversión y de reforma. También esto es necesario para la evangelización.

La Iglesia necesita además ser coherente consigo misma, porque a veces los cristianos negamos con nuestros hechos los valores que proclamamos con nuestra palabra. Unido a esto, va también la "novedad de vida", porque la Iglesia sólo puede comunicar hacia fuera lo que ella misma es y está viviendo hacia dentro. Por lo que si ella es comunión, comunicará comunión; si es división, comunicará ruptura y división. Pues en la Iglesia (como en Jesús) no resulta fácil separar lo que ella es de lo que ella dice: sólo puede decir lo que de hecho es. Porque la comunidad cristiana no comunica algo exterior a si misma (algo que ella posee o tiene: una doctrina o unos saberes) sino lo que ella misma es o debe ser: humanidad nueva, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu. Por eso la Iglesia, en cuanto misterio de comunión entre Dios y los hombres y entre los hombres entre si, es fuente de misión: es "comunión para misión"<sup>36</sup>. Y a su vez, como misionera y como evangelizadora presupone el misterio de si misma como comunión. Es aquí donde la eucaristía surge como fuente de la evangelización, al serlo también de la comunión eclesial<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> AG 8. También el "Decreto de Ecumenismo" invita a la Iglesia, a reconocerse pecadora aceptando que también ella está necesitada de constante purificación y reforma (cf. UR 4e.6-7).

<sup>36</sup> "La actividad misionera fluye íntimamente (*intime profluere*) de la naturaleza misma de la Iglesia" (AG 6e).

<sup>37</sup> No les falta cierta razón a las Iglesias Orientales cuando insisten (quizá demasiado) en la liturgia eucarística como centro de toda la vida eclesial: tanto de la

En suma: la Iglesia deberá ser evangelio "hecho carne". Para eso tendrá que ser antes toda ella "Ecclesia discens", discípula y oyente de la palabra. Pero la Iglesia se hace discípula del evangelio sobre todo en la eucaristía, donde la comunidad se sitúa por entero (pastores y fieles) bajo la autoridad suprema e inmediata del evangelio de Cristo (leído y escuchado —en la liturgia actual— en lengua vernácula). El evangelio, como voz de Jesús, supremo pastor, nos iguala a los diversos miembros de la Iglesia, situándonos a todos bajo su luz, y haciéndonos discípulos suyos. Esta luz nos ilumina y nos salva; pero también nos juzga: a todos y a cada uno de los creyentes. Pero, a la luz del evangelio, los miembros de la Iglesia no sólo nos encontramos sometidos al juicio de Dios, sino también al juicio de la misma comunidad: porque —a la luz del evangelio conocido y escuchado directamente por la comunidad cristiana— ésta puede discernir con cierta claridad si los pastores se ajustan o no del todo a ese evangelio. Y a su vez, desde la misma norma del evangelio, los pastores discernen también el camino de la comunidad, corrigiéndola si se apartase del espíritu evangélico.

d) La evangelización como participación en la entrega sacrificial de Jesús por el reino.

Este dinamismo de "autoevangelización" de la propia Iglesia, implica un constante morir a sí misma, desde su conversión y su entrega por el hombre, por todos los hombres. Esta muerte es una participación en la entrega y el sacrificio de Jesús "hasta el extremo" por todos<sup>38</sup>.

Esta entrega sacrificial de la Iglesia, incorporada a la entrega de Jesús, celebrada y hecha presente en la eucaristía, la convierte a ella misma en prolongación del "cuerpo entregado de Cristo" en el mundo; o —en expresión de Agustín— en el "sacramento cotidiano del sacrificio de Cristo"<sup>39</sup>.

---

constitución de la comunidad como de su función misionera. La evangelización acaece sobre todo hacia el interior de la Iglesia, desde la eucaristía: como ámbito de comunicación de una honda experiencia mística que deberá traducirse en la vida y el testimonio de la comunidad.

<sup>38</sup> "La Iglesia debe caminar", dice el Vaticano II, "por el camino por el que anduvo Cristo, es decir: por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y de la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección" (AG 5c; cf. AG 15b; PO 5c).

<sup>39</sup> Agustín, *De civ. Dei* 10,20 (PL 41,298). En este contexto tiene importancia el

La entrega personal y la participación de todos los fieles en la labor misionera de la Iglesia acaece — en palabras de Juan Pablo II — a través de "la cooperación espiritual: oración, sacrificios, testimonio de vida cristiana". Pues "a la oración es necesario unir el sacrificio. El valor salvífico de todo sufrimiento, aceptado y ofrecido a Dios con amor, deriva del sacrificio de Cristo, que llama a los miembros de su cuerpo místico a unirse a sus padecimientos y completarlos en su propia carne (cf. Col 1,24). El sacrificio del misionero debe ser compartido y sostenido por el de todos los fieles" <sup>40</sup>.

La incorporación a Cristo, a su cuerpo (eclesial y eucarístico) lo es también a su sacrificio. Por eso puede afirmar san Agustín que el mejor sacrificio en la Iglesia consiste en ir edificando el cuerpo eclesial del Señor; la comunidad de Jesús en el mundo <sup>41</sup>. Así el "sacrificio de comunión" del cuerpo de Cristo, celebrado en la eucaristía, se prolonga en la vida. La evangelización participa de ese dinamismo del "sacrificio-comunión" <sup>42</sup>. Y de aquí brotará la "Iglesia evangelizadora".

Por último, este sacrificio y entrega de la Iglesia con vistas a la labor evangelizadora, y que nace de la eucaristía, deberá acabar conduciendo de nuevo a ella; pues es en la eucaristía donde acaece nuestra incorporación a Cristo como cuerpo suyo, y donde verdaderamente participamos de su ofrenda y su entrega sacrificial como oblación grata al Padre <sup>43</sup>. Esta

---

martirio, como testimonio de la fe: cf. Vaticano II (LG 42b; AG 5c.24b), así como Juan Pablo II, en RM 11.

<sup>40</sup> Así Juan Pablo II, RM 78 (o. c., 106).

<sup>41</sup> Dice san Agustín: "Este es el sacrificio de los cristianos: el ser muchos un solo cuerpo en Cristo": *De Civ. Dei*, 10,6;19,23 (PL 41,284.655). Cf. también Cipriano, *De cath. eccl. unit.* 7 (CSEL 3,1; citado en SC 26a).

<sup>42</sup> Para Juan Pablo II la unión con Cristo -como los sarmientos a la vid- es el fundamento de la misión. Esta "se vive ante todo mediante la unión personal con Cristo: sólo si se está unido a él como el sarmiento a la vid (cf. Jn 15.5), se pueden producir buenos frutos. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia": RM 77b: o. c., 105.

<sup>43</sup> Respecto a la entrega-sacrificio como principio y fuente de evangelización se aconseja a los presbíteros "que en la oración, y particularmente en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera": RM 67a (o. c., 94). A su vez, la aportación de ayudas para la misión debe hacerse "en la celebración eucarística, esto es: como ofrenda a Dios y para todas las misiones del mundo": RM 81c (o. c., 109).

generosidad y entrega a veces exige la donación de la vida hasta la muerte (como en el caso de Jesús).

## 2. *La Eucaristía culmen de la evangelización*

### a) Una Iglesia evangelizadora, al servicio del hombre.

La Iglesia deberá estar, como Jesús, toda ella al servicio del hombre (y no viceversa). Por eso la Iglesia debería ser ella misma —en su ser y su actuar— un "convite" (que, a partir del banquete eucarístico, fuese anticipo del convite universal del reino de Dios); o un "hogar" abierto, para todos: "amplía el espacio de tu tienda y extiende las pieles que la cubren" (Is 54,2; AG 9; cf. GS 3.41-42), para que todos encuentren cabida.

De ahí la necesaria apertura a la universalidad, a una "catolicidad" radical que debería caracterizar a la Iglesia, superando todo exclusivismo, todo provincianismo o partidismo. La palabra y la acción de la comunidad cristiana tienen que tender —desde la fe en Dios como Padre único y universal— a la promoción de una verdadera y amplia fraternidad: la gran familia de los hijos de Dios. Lo que implica una solidaridad "con los hombres de cualquier condición, pero especialmente de los pobres y los afligidos", a los que ella debe "consagrarse gozosa (cf. 2 Cor 12,15)" (AG 12a: cf. 5c). Es verdad que en esta dedicación a los más débiles se han dado pasos importantes en la Iglesia actual. Pero cabría aún un mayor compromiso en la comunicación de bienes. El testimonio de amor universal es requisito indispensable para la evangelización.

### b) Una Iglesia capaz de iluminar al mundo y no sólo de imponer determinadas exigencias

No se puede imponer el evangelio: hace falta ofrecerlo (AG 5; 13b) para que pueda ser aceptado libremente, evitando hasta la apariencia misma de coacción (DH 9-12). La evangelización no puede ser un acto de proselitismo, tendente a una incorporación puramente cuantitativa de miembros, sino que debe conducir a una adhesión creyente, a través de una decisión personal y libre de todos y cada uno de sus miembros.

Pero esta llamada a una decisión y una incorporación libre exige de antemano una presentación luminosa, razonada y convincente, de la fe. Por lo que no sólo hay que evitar toda coacción, sino también todo

reduccionismo de la fe a una pura imposición exterior o bien a una mera exigencia ética, legalista, con olvido del misterio de la gracia.

La nueva evangelización exigirá especialmente dar cumplida razón ante el mundo de nuestra fe y nuestra esperanza (cf. 1 Pe 3,15). Por lo que necesitaremos cristianos que hablen desde una honda experiencia de fe (y no como meros comunicadores de una "doctrina" aprendida o de unas normas a cumplir). Por otra parte, se nos exigirá a todos —tanto a los pastores como a los fieles— una mayor preparación, cara a una presentación más convincente de nuestra fe ante el mundo, acertando a dar razón de ella ante las preguntas que la humanidad actual se formula y nos formula. Porque nos faltan hoy, quizá, creyentes suficientemente preparados. Y por eso, al sentirse incapaces de dar razón de su fe ante los interrogantes de un mundo adverso, que les pide explicación de ella, se sienten inseguros: han perdido la anterior firmeza monolítica, pero no han logrado adquirir los recursos adecuados para dar un testimonio actualizado de su fe. Esta inseguridad genera temores o complejos que dificultan notablemente la comunicación de la fe y la evangelización (tanto por parte de los laicos como de los pastores). Por eso, si es desacertado situarse ante el mundo con una seguridad absoluta (como el que todo lo sabe y todo lo puede), también lo es el situarse en una inseguridad —o en una nesciencia— absoluta. "In medio est virtus".

### c) Una Iglesia confesante.

La evangelización no es obra de individuos aislados (aunque en determinadas ocasiones el testimonio y la acción personal sean importantes para la comunicación del evangelio), sino que es tarea de toda la comunidad viva y actuante: de todos y cada uno de sus miembros. Por eso el Vaticano II insistió en la tarea evangelizadora tanto del papa, de los obispos y los presbíteros, como de los religiosos y los laicos (AG 19-21). Pero sobre todo recalcó la importancia evangelizadora de las Iglesias particulares (así como de la familia cristiana y las asociaciones de los fieles: cf. AG 19b). Pero de manera especial los últimos pontífices han subrayado el papel singular que les corresponde a las comunidades cristianas cara a la evangelización del mundo actual<sup>44</sup>.

---

<sup>44</sup> Así Pablo VI, EN 46-49.58; y Juan Pablo II, RM 51. En este contexto conviene resaltar la importancia que los modernos medios de comunicación social —adecua-

Por último, en esta misma clave de comunión, es de suma importancia para la evangelización el superar el escándalo de las divisiones intraeclesiales (en lo que éstas tienen a veces de radical): tanto en el seno de la Iglesia católica como entre las diversas Iglesias cristianas. Por eso, el ir dando pasos concretos hacia la unidad ecuménica es imprescindible para una correcta acción evangelizadora, "porque la división de los cristianos perjudica la causa de la predicación del evangelio, y cierra a muchos la puerta de la fe" (AG 6e). Ya Jesús había presentado el amor y la unidad entre sus discípulos como el presupuesto necesario "para que el mundo crea" (Jn 17,20-23). La Iglesia deberá ser una a la vez que universal, y así enviada al mundo entero "para que el mundo se convierta al evangelio y se salve" <sup>45</sup>.

Otro aspecto que tiene que ver con todo lo anterior es el de la necesaria "inculturación" del evangelio. Este no puede ser algo exterior o ajeno a la cultura de los diversos pueblos, sino que debe incardinarse en ésta. Por eso la fe, la liturgia y la praxis deberán acomodarse a la sabiduría, las costumbres y las tradiciones de cada pueblo<sup>46</sup>. El concilio insiste en la importante función de los laicos a este respecto: éstos, al vivir en la Iglesia a la vez que inmersos en la sociedad secular, son los más indicados para intentar la conjunción entre el evangelio y la "cultura patria" y la vida de cada país (AG 21).

#### d) Iglesia como "comunión" y participación.

En última instancia, la evangelización tiende a la "comunión". Pues es en la incorporación concreta a la "comunión de los santos", que es el cuerpo de Cristo, donde radica la salvación. Pues Cristo fue enviado "para que todo el género humano forme un pueblo de Dios, se compagine en un cuerpo de Cristo y se estructure en un templo del Espíritu" (AG 7c; cf. UR 2.4c). Por eso la evangelización tiende a construir y ampliar esa

---

damente utilizados— pueden tener para la evangelización.

<sup>45</sup> UR 1; AG 6e; RM 50 (o. c., 71-72).

<sup>46</sup> El Vaticano II habla de "una liturgia desarrollada conforme a la idiosincrasia de cada pueblo (*ingenio populi consona*)" (AG 19b). Y de una incorporación de "las costumbres y tradiciones, la sabiduría y la doctrina, las artes y las instituciones de los pueblos" al evangelio, compaginando el sentido de la vida y el orden social con la revelación; y agregando a "la unidad católica las tradiciones particulares y las cualidades propias de cada raza, iluminadas con la luz del evangelio" (AG 22).



comuni3n eclesial, que habr1 de realizarse en la vida; a la formaci3n de un solo pueblo y un solo cuerpo en una comuni3n de esp1ritu y de sentimientos, de personas y de bienes. Una comuni3n, en suma, en la fe, la esperanza y la caridad, que deber1 ser celebrada y profundizada en el banquete de la eucarist1a, pues los fieles "se insertan plenamente en el cuerpo de Cristo por la recepci3n de la eucarist1a" (PO 5b); pues el cuerpo de Cristo llega a su plenitud por la evangelizaci3n y la comuni3n (AG 39a). As1 lo vivi3 la Iglesia apost3lica, que perseveraba "en la ense1anza de los ap3stoles, en la comuni3n (eclesial y eucar1stica): en la fracci3n del pan y en la oraci3n" (Hch 2,42). Y todos viv1an unidos, siendo "un solo coraz3n y un alma sola, y ninguno ten1a por propia cosa alguna, antes todo lo ten1an en com1n" (Hch 4,32-35; 2,43-47), compartiendo su vida y sus bienes "con alegr1a y sencillez de coraz3n". Siendo el banquete eucar1stico el centro de este "misterio de comuni3n".

e) El evangelio como afirmaci3n y plenitud de lo humano.

Con frecuencia se ha presentado el evangelio como negaci3n o ant1tesis de lo humano. Cuando deber1a ser a la inversa, pues Cristo es "principio y modelo de una humanidad renovada" (AG 8; cf. GS 22). Y de hecho "el evangelio fue el fermento de la libertad y el progreso en la historia humana, incluso temporal, y se presenta constantemente como germen de fraternidad, de unidad y de paz". Precisamente es en esa "humanizaci3n radical" del hombre donde Cristo se muestra como "esperanza de las gentes y salvador de ellas" (AG 8); salvador no s3lo cara al futuro, sino tambi3n cara al presente. La encarnaci3n es la presencia salvadora y humanizadora de Dios que en Jes1s se ha hecho "Emmanuel", Dios con nosotros. Pero al comunicarse al hombre y asumir nuestra carne, Dios no niega lo verdaderamente humano, antes bien lo enriquece y lo potencia, haciendo al ser humano m1s plenamente humano y liber1ndolo de lo que tiene de "inhumano" (el pecado). Por eso la salvaci3n no niega la creaci3n como obra original de Dios, antes bien la salva: y con ello la afirma y la potencia. Porque "la carne (la humanidad de Jes1s) divinizada (por la encarnaci3n) no perece ni es eliminada, antes bien es salvada" y "afirmada en su propio estado y raz3n"<sup>47</sup>.

---

<sup>47</sup> Seg1n la antigua formulaci3n dogm1tica de la Iglesia contra el monotelismo (concilio 3<sup>o</sup> de Constantinopla -6<sup>o</sup> ecum3nico: a1o 681-: "eius caro (et voluntas)

De ahí que la Iglesia está llamada a destacar, junto al "cristocentrismo" (y el "teocentrismo") de la evangelización, un verdadero "humanismo", afirmado sin reserva alguna: la humanidad nueva o la plenitud de lo humano que de Cristo surge. Y al servicio de Cristo y del hombre nuevo que de él debe surgir está por entero la Iglesia entera: no para anunciarse a si misma, sino al servicio del evangelio. Por eso la Iglesia no debería girar en torno a si misma, sino en torno a Cristo al que debería traslucir; desapareciendo ella del proscenio (que a veces ocupa) y dejando que éste lo ocupe Cristo, Hijo de Dios y Hombre Nuevo. Por lo que le serían aplicables, también a ella, aquellas palabras del Bautista referidas a Cristo: "conviene que él crezca y yo mengüe" (Jn 3,30). Pues su razón de ser no es otra que hacer presente en el mundo la palabra y la obra salvífica de Jesús. Por tanto la evangelización del mundo actual debería ir unida a un "cristocentrismo" frente a un "eclesiocentrismo" con frecuencia reinante. Cristo, y no la Iglesia, deberá ser el centro: ésta está totalmente al servicio de Cristo y de su evangelio.

Todo se orienta, en definitiva, a la "edificación del cuerpo de Cristo" (Ef 4,12). Pues "todos los fieles, como miembros de Cristo vivo, incorporados a él por el bautismo" y "la eucaristía, tienen el deber de cooperar a la expansión y dilatación de su cuerpo, para conducirlo a su plenitud (Ef 4,13)", colaborando con "su esfuerzo a la obra de la evangelización" (AG 36).

---

deificata non est perempta, salvata est autem magis": DS 556): citada dos veces por el Vaticano II (GS 22), al hablar de Jesús como hombre nuevo y cabeza de la nueva humanidad. Un interesante eco de esta misma formulación, en AG 9: "Todo lo bueno que se halla sembrado en el corazón y en la mente de los hombres y en las culturas de los pueblos, no solamente no perece, sino que se sana, se eleva y se completa (*non perit, sed sanatur, elevatur et consummatur*) para gloria de Dios". Tanto las referencias de GS 22 como la de AG 9 reformulan y profundizan el texto anterior de LG 17: la Iglesia "predicando el evangelio" incorpora a los hombres a Cristo, consiguiendo así "que todo lo bueno que se encuentra diseminado (*seminatam invenitur*) en la mente y en el corazón de estos hombres, en los ritos y en las culturas de estos pueblos, no solamente no desaparezca, sino que cobre vigor y se eleve y se perfeccione (*non tantum non pereat, sed sanetur, elevetur et consummetur*) para gloria de Dios".

f) La evangelización tiende a la incorporación a la comunión eclesial y eucarística.

La Iglesia "es congregada por el evangelio y la eucaristía" (CD 11a). Pues la evangelización no se agota con la predicación y la enseñanza de una doctrina, antes bien debe conducir a una vida imbuida de la gracia y celebrada y profundizada en los sacramentos. A su vez la misión de la Iglesia, si brota de su propio ser como comunión, tiende toda ella a incorporar a la humanidad a esa comunión eclesial y eucarística. Así la evangelización se ordena a la inserción de todos los hombres en la "comunión de los santos" que es la eucaristía y que es también la Iglesia.

El anuncio culmina cuando es escuchado y acogido. Y no sólo como mera adhesión a unas verdades, sino como "adhesión al reino, es decir, al 'mundo nuevo', al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser y de vivir juntos que inaugura el Evangelio", en expresión de Pablo VI. Lo que se concreta en la incorporación y la pertenencia a una comunidad de creyentes. "Así aquellos cuya vida se ha transformado entran en una comunidad que es en si misma signo de la transformación, signo de la novedad de vida: la Iglesia, sacramento visible de la salvación". Este ingreso en la comunidad eclesial se expresará a través de otros signos "que prolongan y despliegan el signo de la Iglesia". Por eso "en el dinamismo de la evangelización, aquél que acoge el Evangelio como palabra que salva (cf. Rom 1,16; 1 Cor 1,18), traduce normalmente esta acogida en gestos sacramentales: adhesión a la Iglesia, y recepción de los sacramentos, que manifiestan y sostienen esta adhesión por medio de la gracia que confieren". Estos diversos elementos no son, pues, excluyentes sino "complementarios y mutuamente enriquecedores"<sup>48</sup>.

g) Transformación: dimensión sacrificial y renovación del hombre y del mundo.

La "transformación" tiene que ver, por una parte, con la "dimensión sacrificial", porque toda transformación implica un cambio y una conversión, desde un dinamismo de oblación y entrega, de muerte en autodonación. Pero tiene que ver también, por otra parte, con la renovación y la vida nueva de la resurrección. Por eso es expresión de una Iglesia que

---

<sup>48</sup> Así lo afirma Pablo VI, EN 23 y 24.

necesita ser transformada, muriendo a si misma, para poder ser transformadora de su entorno, generando vida a su alrededor. Como Jesús, grano de trigo que muere para dar fruto, hecho pan de vida (cf. Jn 12,24).

Pablo VI hizo especial hincapié en la "evangelización como transformación del mundo y el hombre"<sup>49</sup>, vinculando la transformación con la fuerza del evangelio. A su vez, Juan Pablo II prefiere relacionar la transformación con el reino de Dios, predicado por Jesús y anunciado por la Iglesia: lo que conlleva una "transformación" del mundo con vistas a una "comunidad". Una transformación, que acaece sobre todo a través de la conversión, la reconciliación y el perdón. Y una comunidad, porque "la naturaleza del reino coincide precisamente con la comunión de todos los seres humanos entre si y con Dios" (RM 15). Esta transformación, así como esta comunión-comunidad acaecen por la actuación del Espíritu, pues "el Espíritu mueve al grupo de los creyentes a 'hacer comunidad', a ser Iglesia. Tras el primer anuncio de Pedro el día de Pentecostés, y las conversiones que se dieron a continuación, se forma la primera comunidad (cf. Hch 2,42-47; 4,32-25)". Porque, "en efecto, uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo para la escucha del evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y en la eucaristía. Vivir la comunión fraterna (κοινωνία) significa tener 'un solo corazón y un alma sola' (Hch 4,32), instaurando una comunión bajo todos los aspectos: humano, espiritual y material"<sup>50</sup>. Como puede apreciarse, Juan Pablo II sitúa la eucaristía-comunión más bien como meta del anuncio y la evangelización. Mientras Pablo VI recalca también la eucaristía como punto de partida cara a una Iglesia primero evangelizada y luego evangelizadora<sup>51</sup>.

---

<sup>49</sup> EN 18: "Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad. 'He aquí que hago nuevas todas las cosas' (Ap 21,5; cf. 2 Cor 5,17; Gal 6,15)". Una humanidad nueva, en la medida en que haya "hombres nuevos, con la novedad del bautismo (cf. Rom 6,4) y la vida según el Evangelio" (cf. Ef 4,23-24; Col 3,9-10). Transformación de criterios, de valores, de la cultura: cf. EN 19-20.

<sup>50</sup> Afirma Juan Pablo II, RM 26 (*o. c.*, 39).

<sup>51</sup> Pablo VI hizo especial hincapié en una "Iglesia evangelizada" (referida a la Iglesia universal, y por ello a la Iglesia en todos sus niveles) como presupuesto indispensable para llegar a ser una Iglesia "evangelizadora". Juan Pablo II, desde la clave del "reino" concede menor importancia a la clave de una Iglesia "evangelizada y evangelizadora": sólo cita la expresión una vez, y de pasada (en RM 49b), referida a la formación de la Iglesia local (y sin mención alguna de la eucaristía).

La transformación evangelizadora dice relación a la eucaristía. Pues ésta entraña una dimensión transformadora no sólo de las cosas, sino también de las personas, en cuerpo de Cristo que desemboca en la comunión. Una transformación (consagración) que acaece a través del poder de la palabra evangelica: porque lo que consagra el pan y el vino no es una plegaria inventada por la Iglesia, sino la fuerza de la palabra de Cristo (tal como se nos conserva en el relato evangélico) unida a la virtud de su Espíritu. De manera que aquel mismo evangelio, presente en la primera parte de la eucaristía —en la mesa de la palabra— reaparece con su fuerza transformadora en la plegaria eucarística (en la consagración), realizando la conversión de los dones. ¿No es esto signo —y sacramento— de la potencia de un evangelio capaz de convertir y transformar —con el poder del Espíritu— no sólo las cosas sino también a las personas en cuerpo de Cristo? Una eucaristía tendente, pues, hacia una "consecratio mundi" (LG 34): una transformación del mundo.

Pero la eucaristía nos recuerda, además, la urgencia de una evangelización con cierto dinamismo "sacramental": es decir, que no se reduzca a una mera transmisión de la palabra o el mensaje, sino que implique también la presencia viva de los signos: la comunión en la vida. Quizá lo más importante de la Cena y el banquete eucarístico es que tiende de por sí a prolongar la palabra convirtiéndola en "cuerpo y sangre", en gesto concreto de autodonación y entrega: es palabra hecha carne, hecha "pan de vida", hecha convite ella misma. Lo cual nos lleva a una evangelización que sea a la vez liberación y promoción del hombre en su globalidad; que busque la salvación del hombre entero, tanto en su dimensión personal como colectiva y comunitaria. Una palabra hecha banquete, solidaridad, tendente a la intercomunión o comunicación no sólo de la fe, sino también de lo que somos y tenemos. Evangelización como comunión (Hch 2,42; 4,32).

A partir de una Iglesia, toda ella comunión, no cabe duda de que en la evangelización se proyecta y actúa la Iglesia entera (fieles y jerarquía), incluídos los laicos cristianos<sup>52</sup>, cuya actuación en el mundo es pieza

---

<sup>52</sup> "El evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de cada pueblo sin la presencia activa de los laicos (*actuosa praesentia laicorum*)" (AG 21; cf. 13 y LG 35). Para Juan Pablo II: "todo el pueblo mesiánico es enviado al mundo entero como luz del mundo y sal de la tierra" (RM 9b; cf. LG 9). El Espíritu, al hacer a la Iglesia una "comunión", la hace misionera (RM 26-27). Toda

fundamental para la comunicación del evangelio. Por eso la evangelización es obra y responsabilidad de toda la Iglesia. Y no sólo de algunos de sus miembros.

#### V. CONCLUSIÓN Y SÍNTESIS

Llegados al final de este artículo, cabe sintetizar brevemente los datos expuestos:

1. Cristo, centro de la eucaristía, lo es también de la nueva evangelización. El es el sujeto y a la vez el objeto del anuncio.

2. La Iglesia, cuerpo de Cristo (en y a través de la eucaristía), está toda ella al servicio del anuncio de Cristo, y no de si misma.

3. Una evangelización, que por todo lo dicho, debería ser "sacramental", es decir, realizada no sólo a través de la palabra sino también de los "signos": salvadora y liberadora. Capaz de prolongar hacia el mundo la entrega sacrificial de Cristo por todos, para renovar y transformar desde ahí a la humanidad (y el mundo), preparando así aquella transformación final por la que todo desembocará en la plenitud del cuerpo de Cristo y en la "comunión de los santos".

---

ella es misionera por su propia naturaleza (RM 61b.62): los pastores (RM 63-64,67-68), los religiosos (RM 65-66.69-70) y los laicos (RM 71-72).